

RODOLFO GIL BENUMEYA: *España y el mundo árabe*. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1955; 287 págs. y dos mapas, 45 pesetas.

La ya copiosa obra de Rodolfo Gil Benumeya se caracteriza en nuestra opinión por su diversidad y su unidad. Es decir, en ella se dan dos fenómenos propios del auténtico amor: lo permanente del objeto amado y el constante renovarse de la visión del mismo. Nada sorprendente tiene el hecho. Ninguno de los interesados por el mundo árabe ignora que Rodolfo Gil Benumeya es un enamorado de lo hispano-arábigo y de su expresión más universal que es la arabidad.

Una preocupación de universalidad no ya sólo espacial o geográfica, sino temporal o histórica, domina *España y el mundo árabe*, reciente publicación de nuestro colaborador. Ello lo lleva a no detener su aguda atención en lo que califica de «sentido del Andalus-hispano-arábigo» en cuanto causalidad de un hecho cuyos factores físicos, humanos, históricos y aportaciones próximo y medio orientales estudia, sino que brillantemente nos muestra los rumbos de este hecho apartando de la mente toda idea de cosa muerta, rebasada, estática. La vieja tendencia a lo imperial español en Berbería o a lo imperial hispanoberberisco está implicada en una realidad actual que evoluciona hacia una construcción que se apoya tanto en España como en Marruecos. En esta perspectiva, el llamado Protectorado español aparece como una fase indispensable, aunque sólo como una fase, en el volverse a encontrar de dos mundos que fueron uno en tantos aspectos y no sólo en lo cultural. Si el encuentro fué fecundo, y así lo testimonia el Califato de Córdoba, «que pudo haber sido ya nuestra fórmula definitiva», según dijo Antonio Tovar, más aún puede serlo con otras modalidades al volverse a encontrar después de siglos. A través de la obra de Rodolfo Gil Benumeya vemos cómo los antecedentes históricos, raciales, políticos y culturales no se limitan a ser

meros temas de evocación literaria o sentimental. Son factores actuantes para un amplio sector del mundo que abarca el Próximo y Medio Oriente, los árabes de América impregnados de hispanoamericanismo y esas dos expresiones esenciales de lo hispanoárabe que son España y Marruecos.

Porque Marruecos, lo mismo que España, es algo más que un país: «sirve de nexo a dos continentes». A semejanza de España, opinamos, puede ser además considerado «como un pequeño mundo original cerrado en sí mismo, o sea el ibérico-berberisco». Es decir, que ambos países son al mismo tiempo nexo y frontera, mundos de posibilidades que no excluyen sus mutuas aportaciones, ni siquiera aportaciones exteriores, como no ha cesado de mostrarlo la Historia a través de los ejemplos aducidos por Rodolfo Gil Benumeya. Porque si el Jalifato se apoyó desde el principio en Berbería y se proyectó en los bereberes, éstos, a su vez, se proyectaron y apoyaron en España para dar a su expansión un contenido otro que el meramente territorial. De suerte que almorávides y almohades hicieron en sentido inverso lo que no había cesado de hacer el Jalifato cordobés que estampó en Berbería las huellas de «un Imperio español difuso que se había extendido en el Norte de Africa durante doscientos cincuenta y nueve años», imperio difuso, pero real, hecho de cruces de sangre, de influencias culturales, artísticas, costumbristas y de vínculos políticos.

Así pudo florecer a ambos lados del Estrecho una unidad básica que «entre lo plantado arábigo y el terreno hispano produjo algo que no era ni lo uno ni lo otro, a pesar de tener cualidades de las dos cosas».

En siglos que Rodolfo Gil Benumeya califica de modo muy pertinente de «africanismo inerte» —lo que no equivale a muerto o inexistente—, ello en razón fundamentalmente del descubrimiento de América y de la política europea de la dinastía austríaca, a los dos lados del Estrecho se observa cómo se «agotó el contenido de las energías o las multiplicidades de aspectos y el sentido expansionista de lo hispano-medieval» al cesar con Felipe III los enlaces humanos hispano-norteafricanos, mientras el corte con España sumía al Norte de Africa en un largo sueño.

Rodolfo Gil Benumeya estudia la fase de relación de España con Marruecos llamada de «Protectorado español» como una fórmula ju-

rídica a la que se llegó a empujones, después de intentar mantener un *statu quo*, hecho imposible por las apetencias de las naciones occidentales, la situación interior marroquí y la decadencia de España en cuanto potencia. Muy interesante se nos aparece el estudio de esta etapa histórica que tiene fórmulas genuinas dentro del concepto de Protectorado. Han fortalecido, precisamente a través de Marruecos, los lazos existentes con los países árabes aflojados por los siglos, aunque nunca rotos. Son éstos «privados y emocionales» unos. producto de «uniones y entrecruces mundiales» otros; pero todos convergen a unir Berbería, Próximo y Medio Oriente, América, los árabes hispanoamericanizados y nosotros hispanoarabizados desde siglos, incluso anteriormente a la llamada «invasión árabe», todo ello dentro de una tendencia general al acercamiento del Islam al Catolicismo.

Este somero esquema de una obra reducida en sus dimensiones, pero amplísima en sus perspectivas y por la altura de pensamiento y sentimiento en que se sitúa, es en nuestra opinión la más acabada expresión de las ideas de Rodolfo Gil Benumeya en una materia en que no cesa de ahondar una inquietud que tiende sin una vacilación a servir un ideal. Este ideal, nos los muestra *España y el mundo árabe*, se asienta en realidades, luego en posibilidades, es decir, en la esperanza.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

ANGEL DOMÈNECH LAFUENTE: *Ma El Aainín, Señor de Semara*. Editora Marroquí, Tetuán, 1955; 164 págs., 3 mapas, 32 ptas.

La poco y mal conocida figura de Ma El Aainín, jurista, gramático, poeta, teólogo, astrólogo, milagrero y, sobre todo, jefe religioso-político o político-religioso de tribus mauritanas y saharauis, es el centro, la base humana, de la reciente obra de Angel Domenech Lafuente. Es al mismo tiempo una interesantísima aportación a la historia de nuestro Sahara, a su vez poco estudiada.

Ma El Aainín, Señor de Semara es, por tanto, una acertada combinación de biografía —la de un Cheij de dimensiones forzosamente locales—, con una historia insertada en la preocupación internacional de principios de este siglo en razón de las ambiciones europeas. Y no deja de ser original el hecho y la presentación del mismo, tal y como

la realiza el autor de la obra reseñada, de que un hombre como Ma El Aainín, señor espiritual del desierto, perteneciente a una edad histórica otra que la nuestra, aparezca lleno de vida y realidad, con sus propósitos, ambiciones y esfuerzos, sin resultar desdibujado por las intrigas europeas, las dificultades de Marruecos, los tratados y convenios de las potencias interesadas en el Imperio cherifiano. De ahí que la historia del Sahara en la etapa comprendida entre el regreso de Ma El Aainín de su peregrinación a La Meca (1856) y su muerte (1910) sea casi totalmente la biografía del propio Ma El Aainín, sin dejar de ser aquélla historia. Colocado ora en segundo plano en un escenario de grandiosidad, pobreza y áspera lucha contra la naturaleza y los hombres —el desierto—, ora en un primer plano de desesperada y vana resistencia a la influencia y penetración francesa, Ma El Aainín no deja nunca de estar presente en todo lo que acaece en esas vastas soledades. Es este un mundo un poco extraño a nuestro sentir, que asalta nuestra imaginación desde estas páginas llenas de calor humano pese a la seriedad con que es tratado el tema, es decir, utilizando informes y fuentes directas, pero comprobadas, lo que da a esta obra un empaque que no mengua su amenidad. Dicho en otros términos, es tan útil para el estudioso como informativa para el simple curioso.

Un halo de santidad y sabiduría envuelve los primeros pasos por la vida de Ma El Aainín, nacido en 1832. Mientras «milagreaba» —señalamos la ingenua fe que revelan las anécdotas relatadas—, El Hebid uld Beiruc había heredado de su padre la ambición de crear en las costas de su territorio, prácticamente desprendido del Majzen, un puerto rival de Mogador. Y tomaba contacto con España, a la que el Tratado de Paz (1860) había concedido entretanto el reconocimiento de sus derechos sobre el mal precisado territorio de Santa Cruz la Pequeña. Pero, nos lo muestra Angel Doménech Lafuente, la poco política «delicadeza» española, preocupada de no actuar sin el Sultán de Marruecos ni contra él, convirtió el beneficioso proyecto de El Hebid en una ocasión frustrada. Una más. Con este motivo se diseña una rápida semblanza del aventurero —y excelente pionero de España— Gatell. En tanto, Inglaterra respalda los esfuerzos para crear un establecimiento en Tarfaia por parte de Mackenzie; Francia está atenta, el Sur se agita víctima de la anarquía y Ma El Aainín —que no tiene prejuicios desfavorables contra España— funda la «zauiá

ainín». Es en 1899 cuando Ma El Aainín inicia una nueva etapa de su vida, centrándose preferentemente en lo político-religioso y no ya sólo en lo religioso, aunque estas discriminaciones no resultan nunca adecuadas a la realidad en tierras de Islam. Es poco después cuando funda, como base de su poder, la ciudad de Semara, situada entre Gaada y Zemmur, regiones de abundantes pastos por donde pasa la ruta caravanera de Uad Nun al Adrar mauritánico.

La muerte de «Ba Ahmed» y los propósitos de reforma del Imperio marroquí de Abd-el-Aziz, las circunstancias del logro del protectorado español en la zona sur de Marruecos (Convenio hispanofrancés de 1900), el Tratado francoespañol de 1902, nonato por el firme propósito español de mantener el *statu quo*, o sea la independencia de Marruecos frente a las ambiciones de las otras potencias, lo que motivó el Tratado francoinglés de 1904, son sucinta y claramente estudiados por Angel Domenech Lafuente como sucesos históricos de categoría internacional que discurrían tangencialmente a los propósitos de independencia de Ma El Aainín. Desde su ciudad de la arena y el viento, se opone a la creciente influencia francesa en Mauritania. De suerte que el jefe espiritual de una región tradicionalmente desprendida del Sultán se convierte, bajo la presión de la realidad, en defensor de la unidad marroquí al buscar el apoyo del Majzen en su voluntad de resistencia. Y él es quien se cuida de recabar socorros del Sultán para poner cortapisas a los lentos aunque seguros avances franceses. Pero pese a los choques armados, Coppolani es nombrado Comisario del Gobierno en el «Territorio Civil de Mauritania»... A partir de esa fecha, Ma El Aainín se convierte decididamente en el alma, el cerebro y la voz de la lucha contra Francia, el que agrupa elementos dispares de la oposición a la ocupación francesa, el que una vez y otra busca y consigue el apoyo del Majzén. Pero la Conferencia de Algeciras, la anarquía del Imperio marroquí, la tenacidad francesa, las disensiones en las filas de los guerreros de la «guerra santa», parcial y sucesivamente batidos por destacamentos franceses, y la crisis marroquí de 1907, señalan el inexorable, aunque no rápido ocaso del sueño de independencia, y en el fondo de unidad, que había albergado Ma El Aainín.

Agotado por la lucha que ha venido sosteniendo con las unidades del general Gouraud, al que sucede el general Moinier, sus huestes son dispersadas en combate cerca del río Um Rebiá. Ma El Aainín

tiene que huir a Tiznit, donde fallece pocos meses después el indomable anciano de ochenta y dos años, transmitiendo antes la *baraca* a su hijo El Heibi, «el Sultán Azul».

Tal es a grandes rasgos la vida de Ma El Aainín, legendario señor de una ciudad que se durmió en la arena, donde el viento no ha logrado borrar la huella que dejó impresa en la turbulenta historia del Sáhara.

Completan la obra tres mapas y tres valiosos apéndices (las obras escritas por Ma El Aainín, la descendencia del creador de la familia, la descendencia de Ma El Aainín con Muleica mentz Sidi Mohammad Darsa) debidos a la minuciosa preocupación del ex Secretario general del A. O. E. por mostrarnos cómo del tronco de trazos medievales que fué Ma El Aainín, han brotado frondosas ramas de hijos, nietos y biznietos entre los que España cuenta con leales amigos y colaboradores de su misión capacitadora.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

NOTICIA DE LIBROS

